

Seguirnos dentro de la civilización científico-técnica, en la que coexisten y predominan la razón instrumental. Podríamos estar identificados con la ideología y valores de dicha civilización, o referenciados abiertamente contra ella, o ajenos a su filosofía..., pero todos persistimos en vivir disfrutando de sus superaciones: lavadoras, coches, aviones, radios, televisores,...

La llamada "Postmodernidad" no es una "revolución" dentro de la del siglo XX, sino una nueva cultura mediante la cual el hombre protesta contra la imagen que de hombre elaborada por la Modernidad científica y tecnológica. La Modernidad se refiere a la Razón humana. Todos esos rasgos del hombre moderno: su solidez ideológica, su visión profunda de la realidad, su sentido histórico de la Historia, el carácter absoluto de su conciencia moral... están configurados y troquelados desde la razón del hombre. Ya en sus páginas dice el filósofo Karl Jaspers en las dimensiones del ser humano: "¿Qué puede hacer? ¿Qué puede esperar?"; pero para el filósofo alemán estaba muy claro qué dimensión era la fuerza y señora del hombre: la del saber.

Presentación

Pues bien, la civilización actual ha extendido inasoramente la capacidad razonadora experimental del hombre sobre la piel del cosmos, "pasando" casi por completo de aquellas actividades que el mejor amor humano es capaz de llevar a cabo y desatendiendo gravemente a las esperanzas humanas.

La primera impresión, la más superficial y llamativa, que produce la Postmodernidad es la de sus víctimas, representadas particularmente por los jóvenes. En efecto, es en los jóvenes donde más claramente que en los demás se reflejan esas imágenes, más negativas que positivas, que los estudiosos suelen aducir a propósito del hombre postmoderno: "búcaro roto", "senda perdida", "barco sin ancla", "carretera sin indicadores", "isla de archipiélago", "espejo fragmentado"...

Seguimos dentro de la civilización científico-técnica, en la que continúa mandando la razón instrumental. Podremos estar identificados con la ideología y valores de dicha civilización, o enfrentados abiertamente contra ella, o ajenos a su filosofía..., pero todos persistimos en vivir disfrutando de sus sorprendentes criaturas artificiales (lavadoras, coches, aviones, radios, televisores...).

La llamada "*Postmodernidad*" no es una civilización distinta de la del siglo XX, sino *una nueva cultura* mediante la cual el hombre protesta contra la imagen robot de hombre elaborada por la Modernidad científica y tecnológica. La Modernidad ha endiosado a la Razón humana. Todos esos rasgos del hombre moderno: su solidez ideológica, su visión profunda de la realidad, su sentido unitario de la Historia, el carácter absoluto de su conciencia moral..., están configurados y troquelados desde la razón del hombre. Ya en sus lejanos días el filósofo Kant había hecho mención explícita de todas las dimensiones del ser humano (saber, actuar y desear: «¿*Qué puedo saber?* ¿*Qué puedo hacer?* ¿*Qué puedo esperar?*»), pero para el filósofo alemán estaba muy claro qué dimensión era la dueña y señora del hombre: la del saber.

Pues bien, la civilización actual ha extendido invasoramente la capacidad razonadora experimental del hombre sobre la piel del cosmos, "pasando" casi por completo de aquellas actividades que el mejor amor humano es capaz de llevar a cabo y desatendiendo gravemente a las esperanzas humanas.

La primera impresión, la más superficial y llamativa, *que produce la Postmodernidad es la de sus víctimas*, representadas particularmente por los *jóvenes*. En efecto, es en los jóvenes donde más claramente que en los demás se reflejan esas imágenes, más negativas que positivas, que los estudiosos suelen aducir a propósito del hombre postmoderno: "búcaro roto", "senda perdida", "barco sin ancla", "carretera sin indicadores", "isla de archipiélago", "espejo fragmentado"...

Ante tanta víctima ("tanta" en cantidad y en calidad), es fácil caer en la tentación de integrarse en el coro triste e irritante de las plañideras, o de convertirse en profeta de miserias y de calamidades. Es corriente encontrarse con voces de cristianos que sólo se fijan en la abundante sangre inocente que la Postmodernidad lleva consigo y que, por consiguiente, no hacen más que lamentarse del confuso pluralismo ideológico que existe en nuestro tiempo, del ocaso de las creencias religiosas, del permisivismo moral, de la ausencia total de autoridad (religiosa, familiar, civil...)... Estos voceros de tragedias olvidan que *el hombre vale más que su razón* y que, por lo tanto, tiene derecho a situarse y a vivir por encima de esta cultura unidimensional, científico-racionalista, en la que se halla inmerso.

Quienes más viva y lúcidamente se han rebelado contra esa Postmodernidad infrahumana han sido precisamente *los educadores*, aquellos que consideran al hombre en toda su integridad y lo valoran como la realidad más preciosa de toda cultura, sea cual sea la cultura vigente.

En este mismo número de la revista SINITE se puede comprobar la verdad de lo que acabamos de afirmar. Todos los articulistas que escriben en el presente número son educadores. Convencidos como están de la superioridad del ser humano sobre cualquier tipo de cultura, ven muchas y ricas posibilidades educativas en medio del relativismo y del individualismo imperantes en la Postmodernidad. Expertos como son en humanidad, reclaman que en los centros de enseñanza se programe en función de los educandos y de su entorno, y no en función de los sistemas racionalistas de las diversas ciencias. Sabedores de la primacía del propio educando en la construcción de su personalidad, los educadores auténticos que son nuestros articulistas apuntan -casi nada- a estos tres quehaceres: 1. a definirse como personas humanas y a testimoniar con la vida los valores en los que se cree: 2. a anunciar con la palabra otros modelos de personas humanas: y 3. a promover la comunicación entre educadores y educandos nada menos que a un nivel interpersonal. Conocedores de las limitaciones de los individuos humanos y de las dimensiones ilimitadas de la cultura postmoderna, coinciden también los articulistas en dar a la tarea educadora un tratamiento institucional-comunitario.

Otro punto de convergencia de los colaboradores de este número de la revista está en la presencia y en la actividad que asignan a Dios en la educación del hombre postmoderno. Nuestros articulistas no se contentan con decir que en una formación integral del hombre hay que contar siempre con la dimensión trascendente, sino que *miran a Dios*, sobre todo su modo de actuar en el caso de Jesucristo, *como paradigma y motivación mayores a la hora de relacionarse con el hombre de cualquier época*, también, por supuesto, con el hombre postmoderno.

Quizás el lector se extrañe de encontrar en el presente número un artículo que versa sobre *Inculturación de la catequesis*, así, en general, sin referencia directa a la cultura postmoderna. Sin embargo, no es ningún artículo que esté de más en un estudio monográfico sobre las posibilidades de evangelización de la Postmodernidad, ya que la inculturación de la fe cristiana llevada a cabo por *Jesús de Nazaret* en su tiempo, que es de lo que trata el artículo, es la mejor forma de evangelizar que se ha dado en la historia, y es legítimamente extendible, con las oportunas adaptaciones, a la actual cultura postmoderna.

En resumen: el lector tiene entre sus manos una serie de artículos que no se limitan a dar la razón al diagnóstico del Papa Pablo VI sobre nuestra civilización científico-técnica: *«La ruptura entre Evangelio y cultura es, sin duda alguna, el drama de nuestro tiempo»*, sino que además *manifiestan inquebrantable fe* en el hombre creado y redimido por Dios y, sobre esa fe, *proponen sobre todo la manera concreta de que el individuo humano postmoderno pueda contraer y vivir en feliz matrimonio con la Fe-Moral cristiana*. Ya no se trata como antaño de las bodas entre la cultura reinante -hoy la cultura postmoderna- y la religión cristiana en el horizonte genérico de la historia, sino, más modestamente, del matrimonio de la Postmodernidad y de la Fe-Moral cristiana en la persona singular y comunitaria del hombre actual.